Al otro dia tomaron el camino de Burgos, desde donde pasaron á Valladolid, causandoles compasion los campos yermos por donde pasaban, faltos de verdura y de frondosidad, echando menos la industria y cultivo que tanto los embelesaba, así en Inglaterra, como en Francia. Porque aunque era excusable en algunos terrenos la falta de cultivo por la sequedad, é ingratitud del suelo y cielo, no lo era en otras tierras fértiles por sí, ó que lo pudieran ser facilmente, echandose de ver el desaliño, y descuido de la agricultura en vastos terrenos dexados á beneficio del tiempo, sin poder descubrir la cansada vista un arbol donde descansar, y sin oir ave alguna que rompiese con su canto el silencio espantoso de un pelado yermo.

Los mismos rios, que tanto se complacen de coronar sus riberas de frondoso verdor, parecian quejarse con el murmullo de sus raudales de las manos desidiosas que les negaban los medios de engalanarse, despues que los habian despojado de su sombria magestad. Los montes, con triste y arido ceño, manifestaban acusar al cielo la ingrata segur, que no solo los dexó desnudos de su añeja frondosidad, sino que tambien destruyó en sus profundas y arraigadas cepas la regeneracion de

su verdor, y los tiernos renuevos que pudieran ser con el tiempo util adorno del campo, y amable abrigo del pastor, á cuya amena sombra oyera su ganado repetir las alabanzas de aquella edad, en que Orfeo, al son de su canto y lyra, pobló al rodopé de las plantas atraidas de la dulce fuerza de su concento, y la armonía de su lyra.

Estos objetos daban repetidas veces materia de discurso por el camino á Hardyl y á Eusebio, haciendoles acordar del plantél que tenian en Filadelfia, formado de los huesos de las frutas que Eusebio iba sembrando en el jardin. De Valladolid pasaron á Medina del Campo, visitando en todas las ciudades por donde pasaban quanto habia digno de ver, así de fábricas y de pinturas, como tambien de los otros objetos que contribuían para su instruccion, y que les ofrecian las costumbres y preocupaciones de los pueblos. Llegados á Salamanca, Eusebio, que tenia grandes ganas de ver aquella celebrada Universidad, no las pudo satisfacer luego por haber llegado á boca de noche al meson, pero lo hizo al otro dia, yendo con Hardyl, antes que se abriesen las aulas, aunque comenzasen á dexarse ver algunos estudiantes y maestros. Uno de estos quiso usar con Hardyl y Eusebio la atencion de acom-

pañarlos para hacerles ver la Universidad, y las cátedras que habia para todas las ciencias y lenguas, aunque las principales se hallaban sin maestros y sin discípulos.

Como Eusebio se informase del maestro que los acompañaba de muchas cosas que deseaba saber, y que ignoraba Hardyl, se detuvo bastante tiempo, para que ya juntos los estudiantes, comenzasen sus disputas con tales gritos y voces, que parecia se iban á matar. Eusebio, que no tenia idea de aquel alboroto, preguntó al Catedrático: ¿qué venia á ser aquella algaravia? y diciendole él que los estudiantes argumentaban, quiso despedirse, habiendo ya visto lo que habia que ver; y lo executó, agradeciendo al Catedrático su atencion, debiendo pasar por medio de aquel exército de Orates que se desgañitaban, dando unos tales patadas, con gestos y ademanes tan descompuestos, que á Eusebio le parecian energúmenos, causandole suma novedad aquella behetria.

¿Qué viene á ser esto, Hardyl? qué confusion es esta? le pregunta Eusebio apenas habian salido. De qué disputan estos hombres? = ¿Pues qué, no lo oisteis al pasar? = Oí no se qué del ramo colgado de la taberna, y de animal á longe, y de ente de razon. = Haced,

pues, cuenta que lo habeis oido todo: de ese jaéz son las demas qüestiones de la filosofía aristotélica en que emplean estos infelices jóvenes sus talentos = A la verdad son dignos de compasion: bien me habiais dado alguna idea de ello en los muchos discursos que hemos tenido sobre esa desdichada filosofía; pero si no lo hubiera visto por mis ojos ¿cómo era posible creer que los hombres llegasen á hilarse los sesos por un ramo puesto á la puerta de un ideal bodegon, y desgañitarse por ello como se desgañitan?

= Haced, pues, cuenta que de esos mismos gritos y qüestiones resonaron las paredes de la Sorbona, efecto de la barbarie de los tiempos, que el mismo tiempo destruirá. = ¡Pero entretanto, es gran lástima que se malogren tantos ingenios, enredados en esas ridículas y miserables qüestiones! = No hay duda; pero este es un perjuicio, que debeis contar entre los muchos á que están sujetas las naciones, y dificil de desarraigar de un tiron. Id á decirles á ellos mismos que malogran sus ingenios en una inutil y bárbara filosofía, y veréis como os quitan las ganas de compadecerlos. ¿Cómo les daréis tampoco á entender, que el silogismo tirado no sirve sino para aguzar y sutilizar vanamente sus ingenios,

y para pararlos como la arista, la qual es la cosa mas aguda, y al mismo tiempo la mas futil y ligera? que el ingenio no necesita de que gasten tanta palabra y tiempo para formar un juicio y raciocinio? que sus argumentos son garabatos que no pescaron jamas la verdad? que las agudezas de sus distinciones son solo lanzas del tiempo de antaño, buenas para un Abempace, y un Aberroes, y armas ridículas para el dia de hoy?

No es posible que lo consigais: y así dexemos hacer al tiempo que lleve el mal á su término, y entonces será facil de curar, y no antes, por mas que se raje el divieso. Entonces les sucederá á los Aristotélicos lo que á un caballero muy viejo á quien yo conocí en mi mocedad, llamado del pueblo, por apodo, Don Bigote; porque galanteando á una señorita muy rica, á quien amaba ardientemente, ésta le dixo: que no se casaria con él, si no se rasuraba el bigote y pera, que eran los idolos de su presuncion, y de su necia vanidad. Pero oida la demanda y pretension de la rica doncella, le dixo: que por poseerla hubiera sacrificado todos los tesoros de la tierra; pero que su bigote y pera de ningun modo, que en eso no habia que pensar: mas como de allí á pocos años viese que

casi todos se rasuraban el bigote, y que la gente parecia asi mejor, comenzó á perder el aprecio á aquella moda estrafalaria que le hizo perder tres mil ducados de renta, que le traia de dote con su hermosura aquella señorita. Entonces, arrepentido y desengañado, iba siempre diciendo: por vida de mi bigote, pesia tal de mi bigote, mal haya mi bigote, y así siempre le estaba dando á su bigote; de modo, que le quedó para siempre el apodo de Don Bigote.

Tuvieron para muchos dias materia de que tratar, así sobre la filosofía aristotélica, como sobre otras ciencias y estudios, y sobre las Universidades y sus establecimientos. De Salamanca se dirigieron á Segovia, desde donde se encaminaron á Madrid. Detuvieronse pocos dias en ella, no solo porque les instaba el pleyto, sino tambien porque no ofrecia entonces aquella Corte objetos dignos de su curiosidad. Fueron bien sí muy agasajados del Lord Harrineton, Embaxador de Inglaterra, para quien llevaban cartas de recomendacion, el qual fue el mayor amparo de Eusebio y de Leocadia en la mas terrible y funesta desgracia que les pudiera acontecer, y que desventuradamente experimentaron poco despues que se vieron casados.

De Madrid pasaron á Alcalá, cuya Universidad les renovó las especies de la de Salamanca, sin excitarles ganas de ir á ver lo que solo excitaba su compasion; y así, sin detenerse en aquella ciudad, se encaminaron para la de Toledo, donde llegaron poco despues que habia ocupado casi todo el meson un caballero de Truxillo, con su muger, una hija, y un capellan que los acompañaba. Quedaba un solo aposento vacío; y aunque abierto por todas partes, pudo servir para Eusebio y Hardyl. Entrados apenas en él, les pareció oir un discurso mezclado de gemidos en el quarto inmediato que comunicaba con el suyo por una mala puerta, que aunque cerrada, no les impedia oir distintamente una voz delicada, que decia sollozando, ese será el principio de mi eterna condenacion. ¡O cielos! ¿es posible que ella me haya de venir de mis mismos padres? ¡Desventurada de mí! ¡querer sacrificar de todos modos la sola libertad interior que me queda! privarme, no solo de lo que mas amo, sino forzarme tambien á tomar un estado que aborrezco!

Apenas acababa de decir esto con llanto, seguido de nuevos sollozos, oyeron inmediatamente otra voz algo ronca que decia: la culpable pasion que alimentais, á despecho de

vuestros buenos padres, os hace mirar el estado religioso como el mas aborrecible. Pero creedme, Doña Gabriela, que luego que comience la gracia del Señor á insinuarse en vuestro corazon, quando esteis en el convento, vereis como mudais enteramente de sentimientos; y ese llanto pecador se convertirá en suave risa, y esos indignos sollozos en complacencia celestial viendoos esposa de Jesu-Christo. No lo dudeis: vais á ser un angel en la tierra.

= Muger nací para mi desgracia, y angel no lo seré jamas, señor Don Julian. Tengo luces bastantes para no dexarme preocupar de esos especiosos títulos. Mas de dos religiosas hicieronme confianzas, que no hacen tal vez á sus mismos confesores, y tengo sobradas razones y motivos para apelar al cielo contra la injusta violencia de mis padres, y contra el devoto soborno á que Vmd. rindió sus piadosos sentimientos. Somos quatro hermanas casaderas, y se quiere comenzar por la mayor á darle la gracia angelical por dote, para que pueda disfrutar del que nos dexó nuestro tio el solo hermano que tenemos, á quien se quiere enriquecer á cuenta de quatro violentos sacrificios.

Aqui pareció que Don Julian comen-

zase á titubear, balbuciando algunos devotos reproches, sollozando siempre la doncella; é inmediatamente oyeron otra voz de muger que llegaba diciendo: ¿y pues, se persuade Gabriela de su mayor bien, que es el espiritual? ¿Condesciende á entrar de buena gana en el convento, para librarse en él de los continuos peligros y sugestiones del mundo, del demonio, y de la carne? = No sé que decir á Vmd., mi señora Doña Violante: veo poquisima resignacion en Doña Gabriela. = No importa: lo que le falte se lo darán de grado ó por fuerza las religiosas del convento con sus santos exemplos y exhortaciones; pues su padre, prefiriendo como debe el bien de su alma, al temporal y perecedero, determina llevarla mañana al convento.

¡O Dios! triste de mí! comenzó á decir la doncella. ¡Tan funesto efecto habia de tener la generosa donacion de mi tio! Ella es la que me lleva á esa carcel, que en vez de darme la resignacion, no hará sino agravar mi despecho. = ¿Cómo os atreveis á resistir tan descaradamente á la voluntad de vuestros padres? = ¡O madre mia! teneis pruebas de mi entera y resignada obediencia á vuestra voluntad en todo lo que debo; ¿mas

por ventura la debo tambien á una violencia, desaprobada de las voces de la naturaleza en ese mismo seno, y entrañas en que recibí un infelicisimo ser? á quien moverá mi llanto, si vos, madre mia, lo desatendeis? Por lo que mas amais en esta vida, postrada aqui de rodillas, os ruego que me encerreis en el mas ruin aposento de casa donde no vea ni aun la luz del dia, antes que me obligueis á tomar un velo, que aborrezco mas que la misma muerte, y que será causa de mi eterna desesperacion. = No se os obliga á tomar el velo, sino á entrar en el convento: esa será la carcel que se tiene merecida vuestra atrevida lengua.

Siguióse á esto un silencio, interrumpido de los gemidos y lloros de la doncella (á quien parecia haber vuelto la espalda la madre) que conmovieron vivamente el corazon de Eusebio, el qual dixo en voz moderada á Hardyl: ¿es posible que una madre haya de ser menos sensible al llanto de su hija, que un extraño á quien nada le pertenece, y que no la conoce? = ¿Y extrañais eso? Luego que el interés y la ambicion se arraigan en el corazon del hombre, sufocan de tal modo los sentimientos de la ternura y de la compasion, que mas presto se ablandará un gui-

jarro, que el corazon humano al llanto de un infeliz; especialmente si tapa el hombre su oido con el manto de la devocion, y con el velo de la santidad, con que cubren muchos padres sus ambiciosas miras, sacrificando á ellas la libertad de sus hijos, lisonjeandose consagrarlos á la religion, y asegurarles con ello el cielo.

Este engaño no lo padecen solamente aquellos padres que se prevalen indignamente de los medios sagrados, con que solapan los fines de su ambicioso interés, sino tambien aquellos otros, que esentos de interés y de ambicion, engañados de la apariencia, infunden á fuerza de contínuas insinuaciones á sus hijos los deseos, que no les vinieran jamás sin ellas, de hacer vida religiosa. No hay duda que este estado es perfecto y respetable; pero pide vocacion, y vocacion especial, sin la qual la vida del religioso es la mas rabiosa, é intolerable. Ni sé como los padres que aman con ternura á sus hijos no tiemblan de exponerlos sin vocacion, si no llegan á tenerla, á maldecir de su rabiosa exîstencia.

Pero apartemos la lengua de este asunto, aunque tanto interese á la humana compasion, como lo experimentamos en esa infeliz Gabriela, por la qual intercediera de buena gana, si pudiera esperar que tuviesen cabida mis insinuaciones en los pechos de esos padres desnaturados. = Tal vez nos podria ser facil si cenasemos juntos. = Mi desconfianza no está en la falta de medios, sino que la pongo en el motivo poderoso que insinuó la doncella del dote que le dexó su tio: id á combatir ese castillo sobre cena. = Con todo, quiero probarlo; pues á qualquier coste, deseára remediar á esa doncella infeliz, cuyas lágrimas me penetraron el alma. = ¿ Pero qué pretendeis hacer ? = Voy á ver si hay lugar para que cenemos juntos = ¿ Pues qué, creeis que estamos en Francia, ó en Inglaterra, donde todos se avienen á mesa redonda ? = A lo menos desahogaré con ello mi compasion; quiero ir á intentarlo.

Eusebio, llevado de sus ansias compasivas, dexa á Hardyl en el quarto, y baxa á baxo, al tiempo que entraban en el meson un lindo mozo á caballo sobre un ardiente alazan, y un hombre que parecia criado ó dependiente suyo, tambien á caballo sobre un rucio rodado, vibrando á todas partes terribles miradas debaxo su larguirucha montera calada de soslayo, que le daba un ayre feroz, no menos que una larga carabina que le salia entre el embozo, pendiente del ar-

zon. Eusebio se para para cederles el paso, correspondiendo, algo admirado, al atento, pero desasosegado saludo que le hizo el jóven que iba delante, volviendose dos veces para mirarlo desde su caballo despues de haber llamado al mesonero.

Como Eusebio iba tambien á hablar á éste, esperó que satisfaciese á las preguntas que el mozo le hacia en secreto luego que desmontó. Entonces, acercandose Eusebio al mesonero, le pregunta si sería posible cenar en compañia de los señores que llegaron antes que ellos al meson. No señor, le dice el mesonero, que esos señores acaban de sentarse á la mesa, en que tienen su cena de lo que se previnieron, y la de Vmds. no está dispuesta todavia. Altano que vió entonces á su amo, se ofreció si tenia que mandarle alguna cosa. Sí, le dice Eusebio, ¿habeis oido hablar de esos señores que llegaron antes que nosotros? = Si, señor, no se habla de otra cosa. Son unos caballeros de Truxillo, que tienen un hijo solo, varon, y quatro hijas, á las quales, habiendo dexado un tio suyo que murió en Indias diez mil pesos de dote á cada una, quisieran los devotos padres meterlas monjas á todas para enriquecer la casa, y comienzan por la mayor que es

esa que tienen consigo, de quien dice el criado que me contó esto, que es un sol de hermosura. Vea Vmd. si esta es prenda para monja.

Lo peor del caso no es esto, pues me contó el mismo criado, que esa señorita, á mas de repugnar al mongío, está muy enamorada de un caballero de la misma ciudad, muy rico y galan, que la pretende en casamiento, y que ha hecho lo posible para obtenerla, hasta renunciar el dote; pero que el padre no se la quiere dar por ninguna via, porque está tan enojado contra él, que lo amenazó de matarlo si lo veía acercarse á su casa, creyendolo causa de haberse desviado su hija del camino del cielo, por haberla enamorado con su galanteo. Asi se explica él; pero el criado me ha dicho, que no es esa la madre del cordero, sino el ser tan avaro el padre, que aunque no haya de dar el dote, que el caballero renuncia, teme gastar lo poco que llevaria la doncella; sino quiere darla encueros como su madre la parió. =

Esa será ficcion del criado; pues por poco dote que le dé, habrá de gastar lo bastante para ponerla en el monasterio. = Bueno: como si no hubiese pasado eso por